

POESIA

per

MARCO DEL MONTE

DOLOR DE PRIMAVERA

por

MANVEL DIEZ CRESPO

DOLOR DE PRIMAVERA

por

MANUEL DE CEBALLOS

MUERTE

CIELO tranquilo y muerte recogida,
Que resalta entre nubes y entre sueños.
Aquí la tierra se remueve y canta
Todo el clamor de sus profundidades.

¡Qué transparencia de los siglos muertos
Brotó de la inocencia allí tronchada!
¡Qué primor de nostalgia los eleva!
Es la hora exacta: el mundo se detiene.

Cuando sobre el silencio se desploma
Todo un amor inmenso y regalado,
El tiempo es corazón, el alba es llanto:
Puro misterio eterno aquí ofrecido.

*Vaso de Dios que, en sangre merecida,
Colmó de paz el alborozo intenso
Que, entre los velos de su mano, oculta.
Estos ojos —abiertos dan la calma*

*De una lucha lejana y sin presente—
Son el fondo del mar, del mar que acecha
Un destino sin sombras en el viento.
Son el espejo cuyo fuego cruzan*

*Dardos de soledad bien impulsados
Por un tierno mirar sereno y dulce
Que esperan el mármol entre lirios ciegos
Parpadeando entre un rumor de tumbas...*

*Cuajada eternidad posa en las frentes
De los heroicos mártires dolidos.
Nieve corona el cielo de sus ojos.
El manto negro que descuelga el aire*

*Acaricia sus cuerpos ya dormidos.
Entre pinos están. La luz refleja
Como un juego amoroso en la espesura,
El amanecer que los invade.*

*Seco está el sol de llanto generoso.
Mudos están de tanto sentimiento
Los espacios que, en trance de tristeza,
Rompen por la morada en que no hay lloro.*

*Las aguas llegan mudas, conteniendo
El torrente que inicia la alborada,
Para salvar la llama que aún padece
El ansia de ser fuego en la alegría.*

*¡Despertad más allá de este abandono!
Este es el sueño de los contenidos
En Afán de un ejemplo no alcanzado.
Este es el sueño nuevo. Es el milagro*

*Que no borra la sangre. Es el suspiro
De un cauce de fantasmas que deliran,
Y que convierte en carne su belleza.
Más allá del silencio y la aventura.*

*Esta sonrisa que dejáis en tierra,
Tapada por el polvo y por la ira
Como un puente de hermanos invisibles,
Es la verdad de siempre. Es lo que sois:*

*Alma de tantos siglos reclinada
Sobre el fuerte dolor que desfallece
Por el peso de un mundo que aproxima
El pensamiento de la gloria al suelo.*

*Allí, donde la muerte es conocida
Sólo por el lamento de una duda.
Tendréis el alma clara en la sonrisa
Que dejasteis aquí. Tendréis el nombre*

*Que pusieron las olas en el cielo,
Esperando ser carne eternamente
Cuando la sangre cuaja en infinito.
Volveréis a escapar de la luz fría*

*Yerta en el mundo que ahogó los soles,
Por la gracia rendida de un tesoro
Sediento del rocío que bañase
Siquiera el pié de su presencia oscura.*

*Sólo los ojos de los que —arrojados
Sobre la tierra alzada a las tinieblas—
Crujieron del tallo de sus almas
La fragante columna de su sangre,*

*Despejaron de sí la niebla dura
Que rinde al cuerpo su tributo mudo.
Dientes y huesos, corazón de tierra,
Que revuelven sus voces contra el viento*

*Ciegos están. Muerden las losas
Sobre la yerba y el gusano inerte
Que festonea el alba con sus luces
De amarillo color. Pálido sueño*

*Sobre el incienso del ciprés perenne
Cubre vuestro reposo despejado.
El mundo es el latido de una muerte.
Sólo una voz: ¡vuestro silencio abierto!*

*La belleza es camino de rosales
En tanto la virtud cumple sus deudas,
Con el amor que sacia el sacrificio
En la clemencia ardiente que os ignora.*

*¡Despertad, despertad: la Nada os desconoce!
El origen del mundo escucha y clama.
Sois ya la eternidad. Fuisteis el grito
Profundo y ágil que enlazó los sueños*

*De la carne y el Angel. Suavemente,
En la antecámara divina cantan
Las voces que ahogaron las trincheras,
Consumiendo ya el Pan. ¡Esta es tu Forma!*

*Y el aire hincha su perfil sagrado,
Resplandeciente en el Misterio nuevo
Que rompen lenguas que alcanzaron glorias,
Firmes en coro, sepultando infiernos.*

P A Z

A HORA empieza a sentirse la congoja,
Entre ramos de olivo y alabanzas.
Ahora empieza la lluvia a sacudirnos
Todo el humo de pólvora y de peste

Ahora calla el reló. Calla el misterio.
Todo bien claro está sobre la bruma
El cañón en la casa. En los jardines
Agua ciega sin fondo y sin reflejo.

Pero gris está el alma. ¿Y los abrazos?
En el aire quedaron suspendidos
Esperando volver. Solemnemente,
Limitaron de adioses los espacios

*Con una calma universal y alegre,
Prometiendo de flores entreabiertas
Ceñir la aurora en una chispa sabia.
Volver de luz en una despedida*

*Al universo que aplastado había
Un beso de ceniza entre paisajes,
Y la sangre de todos los planetas
Buscaba a Dios: ¡la única Presencia!*

*Un amor se perdía en el sosiego,
Tan dulce en la muy clara despedida,
Que del cielo sacó la triste duda
De un descontento virginal, callado.*

*Un árbol de aire son los ojos suyos.
En la tierra se sienten sus miradas,
Fijas de espanto entre serpientes frías.
Hojas impuras sin los dones nuestros,*

*Caen hediondas, sobre dientes secos
Que resbalan en carne amortajada.
El ultraje ya fué. Se hizo memoria
El límite del cuerpo es una fosa,*

*Y la verdad, el sueño de una mano
Abierta como un mar, sobre los labios
De una sombra estrellada de nostalgias...
Así, dulces amigos del invierno,*

*Nos dejasteis sin voz por un instante.
Volved sobre el acero de la luna
A conquistar lágrimas robadas,
Las murallas sin eco, las espigas*

*Que el tanque ruso en su fulgor sombrío
Segó para la muerte:: red de ausencias.
Venid para guardar. ¡Aquí os lloran!
Los hombres conquistaron la miseria*

*Entre rosas que anidan un secreto.
Venid para llorar. ¡Aquí os cantan!
Los muros entre piedras calcinadas
Gimen la libertad de sus colores.*

*¡La tierra ya se ahoga entre la sangre!
Quiere más cuerpos. Quiere cuerpos nuevos,
O dormir sobre hiel, amenazada
Por el olvido en que ocultó sus horas.*

*Mirad cómo un semblante de sosiego
Corta la luz amanecida apenas,
En brazos de un crepúsculo dormido
Sobre la tierra que abrazó pecando.*

*Ahora veis claro. Ya el fragor no existe.
El crimen agradece la inconsciencia.
El humo es gloria y la ceniza es viento.
Nada ha de ser el beso agonizante*

*Que descubra en la paz la nada incierta.
Reconcentrada en su perfecto tacto,
Suevamente descubre la delicia
Del mundo que aún remoto en la ignorancia*

*Descubre ya su suerte. La costumbre
Discurre aprisionada entre nosotros.
Ha soñado entre sueños que una era
Que consumió el ardor de un paraíso,*

*Modelando en la niebla sus confines,
Ordenó sus pecados en la ruina.
Pero la tarde y la verdad se alegran.
El sueño a veces resucita al Tiempo.*

*¡Oh qué dulce tragedia concebida
Entre labios eternos y raíces
De sol acumulado en corazones!
La sorpresa del viento fué la llama.*

*Lo esperado por Dios fué la ceniza.
Las esperanzas de los hombres fueron
Sentir en la mañana de una vida
Nacer, ¡oh flor de voces!, la elocuencia*

*De un murmullo de bocas sin saliva
Oponiendo al silencio de la muerte,
El griterío alado de unas sombras:
La soledad de una altitud perenne.*

*Yo he visto en el Señor, crujir las losas
De una reciente madrugada fría,
Y derramar la sangre como el vino
De una consagración. Ver elevarse*

*Todas las manos, que la tierra amaba,
En una invocación de sacrificio,
Sobre una mesa ardiente de amapolas
Que hizo paño de altar su superficie.*

*Todo se ha consumado. ¡Hay que pensar!
Que lloren los placeres su impureza,
Que las rosas mediten su agonía,
Que la sangre sacuda sus lamentos.*

*No lloréis lo perdido. ¡Esto es paz!
El silencio nos cubre los despojos
Sobre el fondo esencial que nos redime:
Es la nostalgia la que en pié, renueva.*

TRIVNFO

ESCUCHA: *Ya los astros se detienen.*

El universo queda en nuestra mano.

El rumbo de las olas queda unido

A la resurrección de lo inminente.

Tanta nobleza en plumas nos absorbe,

Y ensanchando el espacio, nos redime.

Hay sol en la verdad. Dios nos convierte

En rayos que fulminan la impureza,

Y junto al mar la inmensidad contempla

Sobre la onda clara y el asombro,

El destino del cielo que nos sueña:

¡La sangre asiste a la señal del Tiempo!

*La lucha fué. No hay sombras. El destierro
Salta por entre llamas inocentes.
El rostro desatado de la fiebre
Por los arroyos muertos se desborda.*

*Toda la sed agonizó en la aurora
Del agua en que se nutre la firmeza.
¡Aquí estamos! El gozo nos contempla,
Y sacia ya en un orden su reposo.*

*Los Nombres van poniendo sobre piedra
Tanto laurel, si fuera de la muerte,
Tan de lleno en la gloria que sostienen.
Porque a ciegas la luz de los que fueron*

*Va iluminando todo eternamente
Entre el milagro de un afán perfecto,
Y renuevan los años con sus voces
Sobre la sombra virgen en que yacen.*

*¡Alegráos! Los muertos son la yerba
De este prado de sueño en que florecen
Las columnas de llanto y sacrificio.
La guerra fué el arado que en su marcha*

*Cortó la piel de las entrañas necias
Para extraer la baba y el antojo
Del candor y del mal que consumían.
La tierra es dulce en ansia renovada.*

*El hombre es la mañana de las cosas.
Hay un supremo resplandor de vida
En la voz clara del oficio humano.
Todo vibra en el tono de un anhelo*

*Que flota sobre un río de campanas
Que se desliza por las almas nuevas.
Así es nuestra sangre ya filtrada
Por la tierra que afirman tantos huesos.*

*Así es la memoria de aquel templo,
Que perdonando ardió sobre la Grecia.
Así es el sudor de unas razones
Que esparcieron sus venas por el viento*

*Antes de ser cortados por el aire
Que ignoró en su delirio una Presencia.
Por eso el cáliz se ocultó en la noche
Mientras el sol brotaba de su seno,*

*Y Cristo, errante por su sombra muda,
Veló el vacío con su triste llaga
Por los olivos blancos del ayuno.
Pero ahora se toca con las manos*

*La atmósfera lejana de un olvido.
La sangre sacudida forma un cielo
Con la azucena, la amistad, la espuma.
Más allá del silencio se prepara*

*Algo que ayer buscamos por la arena:
El corazón siempre ha aparecido.
¡Aleluya! Los Angeles se inflaman
Sobre las plumas de un temblor alado,*

*Y confirman estrellas casi humanas
En la espalda infinita de sus cuerpos.
En enlace del tiempo con la aurora
Hace al Amor que tome su figura:*

*Que nadie quede en la ribera fría
Donde pactó la sombra con la niebla.
Que nadie pise el fango de las charcas
Donde el horror sació su desventura.*

*Dolor de primavera fué la muerte
Dando a luz la sorpresa de una vida,
La pulsación ardiente de unas venas
Que dan salud al cuerpo amanecido.*

*Arcos y flechas cumplen su destino.
Hacia el sol se aproximan: es la meta.
Mientras, las aguas duermen en rebaño
Con la armonía de su piel de césped. . .*

*¿Cuántos destinos hay? Es la pregunta.
Sabed que el universo hoy ha girado,
Y la mano del hombre es transparente.
Sabedlo bien, la Cruz cayó a esta parte.*

*La Cruz es mucho peso cuando vibra
sobre el aliento humano que la anhela.
Y las arañas tejen mientras tanto
Espejo de luz falsa en las conciencias.*

*Se triunfa sólo en Dios, no en el demonio.
Cantemos al Señor sobre el incienso
De una Patria que ensalza su armonía
Con los acordes de lo eterno en ruinas,*

*Y recuerda su llanto entre los mares
Chocando con la espuma de los muertos.
Yo sé ya de una Nave cuyas velas
En blanco lino nos envuelven:*

¡Salve!

TEXTOS

EN EL

PROGISO MO DE ESPAÑA

LA GENERALISIMO

DISCURSO DE LA VNIDAD
EN EL
HEROISMO DE ESPAÑA
POR EL GENERALISIMO FRANCO

ESPAÑOLES

¡Españoles! Hoy os hablo en nombre de la Patria y de la Nación. Hoy os hablo en nombre de los héroes que han dado su vida por la libertad de España. Hoy os hablo en nombre de los que han luchado por la unidad y la independencia de España. Hoy os hablo en nombre de los que han luchado por la gloria de España.

Hoy os hablo en nombre de los que han luchado por la gloria de España. Hoy os hablo en nombre de los que han luchado por la gloria de España. Hoy os hablo en nombre de los que han luchado por la gloria de España.

El pueblo español es un pueblo heroico. El pueblo español es un pueblo que ha luchado por la libertad y la independencia de España. El pueblo español es un pueblo que ha luchado por la gloria de España. El pueblo español es un pueblo que ha luchado por la gloria de España.

DISCURSO

ESPAÑOLES:

HOY hace un año que junto a las viejas piedras de Salamanca, sede guerrera de mi Cuartel General, os dirigí yo la palabra con motivo del decreto de unificación, que fundió en una unidad política nacional los valores, hasta entonces disgregados, de nuestro Movimiento:

Hoy vengo otra vez a ponerme en público contacto con vosotros, desde estas tierras de Aragón, columna fundamental de la fe y de la Patria.

El pueblo, con su fino instinto, acogió con aplauso aquella medida, comprendiendo lo que significaba para España el dar unidad a la substancialmente común inquietud de tantos españoles que podía, de otra manera, desviarse y frustrarse, si

no se encauzaba, evitando la dispersión individualista a que nuestro carácter es tan propenso. La guerra no se hubiera podido ganar sin una unidad disciplinada.

Ante Dios y ante la nación española decidimos —entonces— dar cima a esta obra unificadora, en aquel momento en que el enemigo, impotente contra la fortaleza y la unidad de nuestros combatientes en el frente, derrotadas las brigadas internacionales con su acopio de tanques y su abundancia de material guerrero de todas clases, puso sus miras en nuestra retaguardia, y consiguió el atrevido intento de dividirla como último recurso de salvación. Al efecto, envió consignas a nuestra zona, sacó de las cárceles a precio de traición algunos de los presos que allí encerraba, permitiéndoles la evasión a nuestro campo con el compromiso de agitar esta retaguardia. Consecuencia de ello fué que se multiplicaron los esfuerzos para filtrarse en los cuadros de nuestras organizaciones: se intentó sembrar la rivalidad y la división de nuestras filas; se dieron órdenes secretas para producir en ellas laxitud y cansancio. Se intentó minar el prestigio de nuestras más altas Jerarquías explotando pequeñas miserias y ambiciones.

A todo ello había que oponer con decisión la unión política, estrecha y fraterna, de la España mejor. Así lo hicimos. Y la guerra del Norte fué acabada con nuestra victoria, y ella produjo, como consecuencia, podernos emplear en la gran batalla de Teruel y luego en la del Ebro, y más tarde, en el avance al Segre, y ahora, finalmente, en la salida al mar.

JUNTO a esta ingente labor de guerra, hemos proseguido nuestras tareas de política interior, promulgando los Estatutos del Partido y constituyendo sus órganos nacionales: el Consejo y la Junta política; estableciendo el Gobierno de la Nación y la ordenación de los poderes del Estado; reincorporando Vizcaya, Guipúzcoa y Cataluña al régimen administrativo común. En el orden económico, hemos mantenido los precios y realizado una enérgica y activa campaña para la defensa del patrimonio minero nacional.

Al campo español llevamos la Ordenación del Trigo y del Maíz y la concesión de moratoria de deudas a los agricultores. En materia de protección social se estableció la condonación de alquileres, el Servicio Social de la Mujer, el servicio de la reincorporación del trabajo para los excombatientes, el benemérito Cuerpo de Mutilados y el Fuero del Trabajo. En el orden católico se acordó la derogación de la ley de matrimonio civil y la suspensión de la de divorcio. En lo que a la cultura y al estilo se refiere, establecimos el Instituto de España, con la reorganización de las Reales Academias. Instituímos la Orden Imperial de las Flechas Rojas, como máximo galardón al mérito nacional y como hemos de instituir la misma distinción para el mérito científico, la Orden de Alfonso X el Sabio, Rey de Castilla. Finalmente, con el Yugo y las Flechas, la heráldica de los Reyes Católicos ha sido restablecida como Escudo de España.

A la obra calumniosa que nuestros enemigos lograban, arrojando millones y millones a la voracidad de la prensa mundial, opusimos nosotros la realidad de nuestras victorias, la honestidad de nuestra propaganda y el tono austero y ejemplar del Gobierno de España. Así, con paso firme y altivo desprecio a la mentira, hemos ido haciendo luz en el ambiente de Europa.

No abrigamos sentimiento de enemistad hacia otras naciones: luchamos sólo por nuestra civilización, nuestra independencia y nuestra grandeza.

Al hablar otras veces, a España y al Mundo, de nuestra guerra, lo hice siempre con fe segura de nuestro triunfo: la fe que a mí nunca me faltó; pero ahora ya no es sólo la fe, son los hechos ciertos y tangibles. Hemos ganado la guerra; la tiene perdida, irremisiblemente, el enemigo. Ya de nada le sirven las ayudas que le prestan, como no sea para derramar estérilmente más sangre, muchas veces inocente, que a esos sus colaboradores no les duele, porque para ellos es cosa ajena; pero a nosotros sí nos duele, porque para nosotros es cosa propia. Sépanlo quienes aún ayudan a nuestros adversarios, pues con ello sólo pueden conseguir prolongar, muy poco, la guerra, a aquel precio tan caro de nuestra sangre, y queden con ello advertidos que cada paso que den en ese camino es un obstáculo que levantan en el de nuestras futuras relaciones, y que la buena voluntad de los gobernantes, para cerrar el abismo que se abra, puede mañana, estrellarse contra el sentimiento de justa indignación de los que dieron su sangre y lucharon en esta santa guerra.

SEPANLO también, en su egoísta frialdad, esas democracias cristianas (menos cristianas que democracias) que, infectadas de un liberalismo destructor, no aciertan a comprender esta página sublime de la persecución religiosa española, que, con sus millares de mártires, es la más gloriosa de las que haya padecido la Iglesia; y cierren ya de una vez sus oídos a la estupidez y a la infamia de los vascos herejes.

Ni una abjuración, ni una apostasía, ni una frase de rencor. Sólo perdón generoso tuvieron ante la muerte, y escribieron páginas indescriptibles de heroísmo y de virtud aquellos santos prelados, sacerdotes y seglares, hermanos nuestros en la fe de Cristo, que aceptaron serenos el más brutal de los martirios, pidiendo a Dios por sus verdugos.

Proclamamos al mundo nuestra verdad, y éste no quiso o no pudo oírla, apagadas nuestras voces por el rugido feroz e inhumano de los Frentes Populares, de los agentes comunistas y de los ofuscados demócratas, que han ayudado a los rojos de España, no tanto por amor a su causa, cuanto por odio a nuestro pueblo. Frente a nuestras verdades de la guerra y a la verdad de nuestra política social y de nuestra justicia, prevalecieron las falsas apelaciones a la democracia y los toques a rebato de los internacionales.

No creemos nosotros en el régimen democrático liberal, y son gravísimos los daños que a España ha acarreado. Pero no cometeré nunca la injusticia de identificar con el que han practicado las pandillas de criminales y saltea-

dores que vienen presidiendo los destinos de la España roja. Lo hemos prevenido y una última vez lo repetimos hoy a los países democráticos, para que un día no se llamen a engaño.

EN España el régimen liberal feneció apenas nacido, con anterioridad a nuestro glorioso Alzamiento, y de él no quedaban ni despojos. La quema de los conventos, conocida doce horas antes por el ministro de la Gobernación, fué de ello prueba, y su epitafio, aquella frase incivil de "que ningún templo valía por la vida de un republicano". En la España roja no se ha practicado nunca el régimen constitucional, elaborado por un injerto de ilusos y malvados. Conculcado siempre, muere definitivamente aquella madrugada triste en que un sedicente Gobierno, constituyéndose en brazo ejecutor de la masonería, fraguó y llevó a cabo, por medio de sus agentes, el vil asesinato del jefe de la oposición parlamentaria y gran patricio: José Calvo Sotelo.

Después... lo que todos sabéis de modo tan abrumador que ya no podéis alegar ignorancia. El asesinato de casi todos los diputados de la oposición, el asalto al domicilio privado, industrias, comercios y Bancos. Más de cuatrocientos mil asesinatos cometidos por el solo hecho de que las víctimas creían en Dios y en la Patria, estimulados casi siempre, ejecutados algunas veces por los mismos hombres del Gobierno rojo: los tribunales de salud pública, las checas oficiales y particulares, donde se perpetraron bárbaros martirios; el asesinato en masa

de los presos indefensos, la destrucción total de los templos, la ausencia absoluta de toda norma jurídica y moral, de toda ley, de todo derecho.

Ya vosotros, enemigos de España, que todavía sacrificáis vida y esfuerzo en una resistencia doblemente criminal en su esterilidad, parece innecesario que os diga, porque bien lo sabéis, que estáis vencidos. Hora es ya de que las masas que tenéis tiranizadas sepan que la prolongación de esa resistencia absurda, sólo se explica porque la empleáis en la mejor preparación de vuestra huida. Pero ¡sabadlo! cada día que pase, cada vida más que sacrificuéis, cada crimen que cometáis, es una nueva acusación para el día que comparezcáis ante nuestra Justicia, que, generosa hasta el perdón, ofrecemos a cuantos engañados o equivocados, habéis arrastrado a la lucha; pero que será inflexible para los que criminalmente empleáis la sangre y la bravura de nuestra juventud en el camino torpe de la destrucción de España.

NOSOTROS, en esta hora, tenemos ya puesta nuestra atención en los días, también febriles y heroicos, de la reconstrucción de la Patria, de la restauración de su grandeza, que es el objetivo y fin último de la guerra. Nos esperan para ello largas jornadas en las que otra vez el sacrificio pondrá a prueba el temple heroico y el genio creador de esta raza.

El Estado abordará los grandes problemas que el sacrificio realizado en la guerra exige: la consolidación de nuestro potente Ejército de Tierra, Mar y Aire, de las industrias indispensables a la guerra.

La realización de la gran obra social, proporcionando a nuestras clases medias y trabajadoras condiciones de vida más humanas y justas.

Resolución de los múltiples problemas que nuestra industria tiene planteados para su resurgimiento.

Ordenación de la obra cultural, con el mejoramiento intelectual, moral y físico de nuestras juventudes.

Realización de la reforma económica y social de la tierra.

Restauración de nuestra Marina mercante y de nuestra flota pesquera; los grandes planes de obras públicas.

Mejora de vivienda y realización de la gran obra sanitaria nacional.

Atracción del Turismo, ordenación de la Prensa y, con todo ello, la reconquista de nuestro prestigio en el mundo.

Para acometer esta gran tarea que a todos haga dignos del esfuerzo de los caídos, el trabajo, el talento, el sacrificio y la virtud son instrumentos precisos. La grandeza y la unidad de España no se forjaron en la frivolidad y en el regalo.

LA vida cómoda, frívola, vacía, de años anteriores, ya no es posible. Ni han de tener cabida en nuestra España la murmuración y el despecho de las despreciables tertulias que presidieron, en casinos y en corrillos, el proceso

de nuestra decadencia, dedicada, en la cortedad de su horizonte intelectual y en la escasez de su solvencia, a la tarea demoleadora y antipatriótica de manchar la honra ajena y socavar los prestigios de personas e instituciones públicas.

Tengo sobre mis hombros la responsabilidad del destino de España, y si a golpes de victorias lo estoy arrancando de las manos de los rojos, nadie creerá que haya de tolerar que esos viejos vicios puedan desviarlo del camino trazado. Espero, por ello, que cuantos no estén privados de inteligencia comprenderán fácilmente que me bastarían unos manotazos para pulverizar estos grupitos de inferior calidad nacional y humana. Los que aun no estén curados de los arrastres anteriores, de malos hábitos, de críticas irresponsables, y los sembradores de dudas que cantan a la juventud sus heroísmos y sus sacrificios, cuando ante la Patria no sacrifican nada, ni siquiera su vanidad, su ambición, ni las bastardas reservas de un temperamento rebelde, son los peores enemigos.

Son los que quieren llevar alarma al capital con el fantasma de unas reformas demagógicas, olvidando sin duda que lo que España conserva después de esta prueba lo deberá precisamente al esfuerzo de una juventud heroica.

LOS que hipócritamente mienten, hablando de la frialdad religiosa cuando los españoles, en el martirio y en el heroísmo, luchan por Dios y por la Patria. Los que, desconociendo y agraviando el espíritu de servicio na-

cional de los militares, quisieran desintegrarle de su hermandad con el pueblo, despertando en ellos afanes parciales. Los que intentan producir en el frente desvío hacia la retaguardia. Y ya llegado este tema, me pregunto ante vosotros: ¿Quiénes son los que componen la retaguardia? ¿No son acaso los que aquí curan y esperan heridos de la guerra? ¿No son los que aquí trabajan para conseguir el funcionamiento exacto de los servicios de guerra? ¿No son los padres, los hermanos, los hijos de los que combaten y de los que mueren en nuestros frentes, y de los que en la cautividad roja sufren dolores incomparables y rinden sus vidas y sus esperanzas en aras de nuestro ideal? ¿No constituyen todos ellos otro frente callado de abnegación, de trabajo y aun de ingraticudes, para apoyo y sostén de nuestra causa? Que en ella existan todavía algunas gentes parásitas o insensibles al dolor y al sacrificio de los otros, es inevitable; pero estad seguros que ellos serán en proporción cada vez menor y, en tanto existan, sólo desprecio merecen.

LOS españoles, en general, saben todos de las acciones heroicas, de las grandes victorias, de las ciudades y villas conquistadas, de millares de prisioneros y enorme botín de guerra; pero saben poco, generalmente, de las inquietudes y los desvelos para dotar y sostener el Ejército que la realiza, de los esfuerzos para ordenar y levantar nuestra economía, y nuestra vida civil, de las dificultades e ingraticu-

des de orden exterior, de las batallas diplomáticas y económicas, del enorme esfuerzo de nuestras industrias militares. Sí, españoles, la guerra, he dicho antes de ahora, que se ganó en el Norte, pero se gana también en nuestra retaguardia.

En las fábricas y en los despachos, donde el trabajo y la responsabilidad muchas veces abruman, en el taller y en la oficina, y también en los templos. De nada hubiera servido nuestros esfuerzos, si Dios no nos hubiera prodigado su ayuda, en todos los momentos, en forma tan evidente y tangible. Yo os aseguro que, cuando todo esto se analice, que cuando, al terminar la guerra, sea posible conocer los detalles de esta obra, a la admiración que las victoriosas jornadas produce se unirá esta otra por la obra de gobierno, que se realiza en horas difíciles de la vida de la nación.

EN la prueba más difícil de la Historia, España ha acreditado que son inagotables sus reservas espirituales y materiales. Nada ni nadie ha podido detener a la España unida en su marcha segura, al recobro de su ser y su destino. Por eso sus enemigos seculares no han de cejar en su intento de destruir la unidad, como lo hicieron aun después del decreto de unificación, especulando con el nombre glorioso de José Antonio, fundador y mártir de la Falange Española, como lo hicieron otras veces animando el despecho de los separatistas vascos vencidos, como intentarán hacerlo mañana con los catalanes en derrota, a quienes nosotros ganamos para

la fe común de España. Donde haya un descontento, donde haya una pasión, donde haya una ingerencia, allí cubiertos de hipocresía, trabajan contra nuestra España gloriosa sus enemigos.

Es la lucha desesperada de las fuerzas disgregadoras contra la coraza de nuestra unidad, que conduce por camino seguro a la grandeza y a la libertad de España.

Esto es lo que significa nuestro Decreto unificador, y por ello os digo en este día: los que en la España nacional no sientan la unidad, los que la sirvan tibiamente, y no digamos los que directa o indirectamente laboren contra ella, son servidores de nuestros enemigos, más eficaces que aquellos otros que en los frentes oponen noblemente las armas a las nuestras.

CON la decisión, con la fe incommovible que ha presidido nuestras tareas de guerra, acometemos ya las grandes tareas de la paz. Esta es, españoles, nuestra revolución nacional, que espíritus mezquinos y rutinarios no saben o no quieren comprender. Pues bien: Yo lanzo desde aquí serenamente la consigna: "Revolución nacional española" y digo: ¿Es que un siglo de derrotas y de decadencias no exige, no impone, una revolución? Ciertamente que sí. Una revolución de sentido español que destruya un siglo de ignominias, que importaba doctrinas que habían de producir nuestra muerte: en el que, al amparo de la libertad, la igualdad y la fraternidad y de toda la tópica liberalesca, se quemaban

nuestras iglesias y se destruía nuestra historia, y mientras en nuestras calles, de ciudades y pueblos, la multitud, inconsciente y engañada, gritaba. ¡Viva la libertad!, se perdía un Imperio levantado por nuestros mayores en siglos de esfuerzo y heroísmo. Y mientras nuestros intelectuales especulaban en los salones con su pseudo-sabiduría enciclopedista, nuestro prestigio en el mundo sufría el más grande eclipse; en el que nuestros artesanos despreciaban la hermandad de nuestros gremios y todo el tesoro espiritual, que los ennoblece, de nuestra tradición.

Una revolución antiespañola y extranjerizada nos destruyó todo aquello. Otra revolución española genuina, recoge de nuestras gloriosas tradiciones cuanto tiene aplicación en el progreso de los tiempos, salvando los principios, las doctrinas de nuestros pensadores del tradicionalismo, de nuestras cabezas jóvenes de hoy, y da al mundo pruebas constantes de su capacidad creadora, como esta reciente y magnífica del Fuero del Trabajo.

Con fe honda y segura, repito, no con optimismo ruidoso y bullanguero, emprendemos estas tareas de la paz. Contamos con la ayuda de Dios, pero mucho hemos de poner todos de nuestra parte imbuídos de un religioso sentido del deber.

HAY que sustituir el viejo concepto de “la obligación”, friamente llevado a las Constituciones demoliberales, por el más exacto y riguroso del “deber”, que es servicio, abnegación y heroísmo, no impuesto por el imperio

coercitivo de la ley, sino acatado con la adhesión libre y voluntaria de la conciencia, cuando nuestros sentimientos están impregnados de las más puras esencias espirituales.

Imponían las Constituciones la "obligación" de defender la Patria con las armas. De nada nos habría servido ese precepto formalista en esta magna ocasión, si nuestra juventud, consciente conmigo de la anchura de la empresa que nos cabía el honor de realizar, no se hubiera entregado a ella con el alma henchida de espíritu y sacrificio y con el ímpetu que no se pone en el cumplimiento de los reglamentos, sino en las obras colectivas que pasan a la Historia el estigma sagrado de la virtud.

Ese sentido del deber ha de alcanzar a todos. Pero, como ejemplo, como modelo que pueda presentarse a la nueva generación, nada tan aleccionador como la conducta de nuestras "clases medias" tejido nervioso del organismo patrio, que calladamente, desde su mediocridad económica, nada han exigido nunca. Lo han dado todo siempre, en especial en esta hora en que sólo valores espirituales tenían que defender.

Ese sentido del deber ha de ser profesado de un modo singular por las clases altas, que son depositarias de la tradición y por los intelectuales con alma y pensamientos españoles, sin los cuales el movimiento carecería de rumbos doctrinales, y por los obreros, a quienes el proteccionismo del nuevo Estado impone compensaciones de disciplina y servicio.

NO queremos a España dominada por un solo grupo, sea éste o el otro, ni de los capitalistas ni de los proletarios. España es para todos los españoles que la quieren y la sirven en la disciplina política del Estado. Es de los que por su salvación cayeron aquí y allí; de las generaciones que forjaron su historia y ganaron sus glorias. Porque es de todos éstos, nadie puede llamarse a su exclusivo usufructo. Pecan y yerran por igual los que animan en torno de nuestra cruzada ansias restauradoras de privilegios y abusos; aquellos otros que, sólo preocupados por el aplauso fácil, quieren traer sonidos demagógicos. Yo, a este respecto, quiero recordar a las Juventudes de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, la honestidad de todos los discursos de José Antonio, aun habiéndose pronunciado en épocas en que la oposición al régimen de ignominia daba licitud a la licencia. Nuestro Movimiento restaura para todos, el orden de la Patria, y, en él y por él, quiere para todos los españoles el Pan y la Justicia.

Para esto, a todos los españoles ahora, al dejaros, os pido vuestro concurso y fío el éxito, singularmente en los que lucháis y en los que sufrís vuestros deberes por la Patria con la conciencia y el alma limpia. Aunque a muchos no os conozco, a todos os presiento y os envío mi gratitud.

MIS saludos a los que constituís la España triunfante, a los combatientes que en las trincheras y en los parapetos, en la tierra, en el aire y en el mar, lucháis victoriosamente, en las últimas jornadas de la reconquista, y mi

recuerdo también —y con el mío el vuestro— a la España cautiva y doliente. A los que viven en las cárceles y en las checas rojas y a los que allí llegaron, padeciendo por la Patria todos los sufrimientos.

A los Estados del Mundo que reconocieron nuestros derechos: Italia y Alemania, con Albania, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, la Santa Sede, el Japón, Manchukuo, Hungría y aquellos otros que, como el hermano Portugal, comprendieron y alentaron nuestra causa, expresamos en este día solemne nuestro reconocimiento.

A ellos, y a todos, repetimos, que nuestra lucha significa la salvación de Europa y que en ella aspiramos a vivir días largos de paz, de una paz compatible con el honor de nuestro nombre y la dignidad de nuestra Historia, que no puede extinguirse, porque son la base firme e incommovible de España.

Españoles: ¡Arriba España! ¡Viva España!

NOTAS

EL HOMBRE EN ROMA

por

Armando Lodolini

EUROPA descubre, otra vez, una nueva grandeza de Roma. Hasta ayer la universalidad y actualidad de Roma habían sido sintetizadas por el derecho, por el concepto de Estado, por la ética del trabajo aplicado al orden y al progreso del Imperio.

Hoy las revelaciones de Italia, la guerra de España, el mismo Nacional-socialismo, han revelado un elemento de Roma también más estable y eterno: el hombre.

El prodigio acaecido a uno de los más grandes entre los alemanes, Goethe, el cual partió romántico desde Gotinga y se hizo clásico en Roma, se verifica en cualquiera

Si a esto se agrega la Fe, el hombre se siente eterno solamente en Roma, porque aquí todos los emblemas y todas las pruebas del espíritu (las reliquias de los antiguos triunfos, las catacumbas, las iglesias, las obras levantadas por el pueblo de Mussolini) convergen, sin anularse y sin sobreponerse. Nace, de todo esto, un sentido particular sobre la importancia del hombre, porque se advierte, más que en cualquier otra parte, la presencia de Dios.

Las estatuas que coronan las basílicas monumentales de San Pe-

dro o de San Juan de Letrán, al mismo modo que los guerreros de aspecto tosco y barbárico de los sarcófagos, se agitan en el espacio, vivientes e inquietos. El mármol parece sentir el encuentro entre el alma romana y el alma cristiana. Más, el mármol romano (menos perfecto y fenecido que el mármol griego) muestra en su imperfección y en su intranquilidad la espera de algo que debe acaecer entre los hombres. Diferentemente del arte griego, que en su perfección entra enseguida en los reinos de la muerte, el arte romano celebra la vida con sus incertidumbres y su afán cotidiano. La superioridad de la eternidad del arte romano sobre cualquier otro, está allí: allí se forma la ecuación grandeza-belleza. Allí se preuncia la Revelación: el Cristianismo es presentado, ante todo, por la manifestación más sublime del espíritu: el arte.

El ansia afanosa de los Romanos por una humanidad unificada, en que estaba su destino, se aplaca en el designio de Dios que elige a Roma para que allí puedan acordarse el orden social y la Fe, la ética y la religión.

En la más alta de las revelaciones humanas, el arte, lo incumplido y el tormento vuelven a encontrarse hasta en los períodos en que la universalidad de Roma se llama catolicidad. Basta pensar en el barroco. Chesterton creyó su deber defenderlo en su famoso libro "La resurrección de Roma", él que, como todo buen inglés, no podía sufrirlo. Pero el barroco no tiene necesidad de defensas. Expresa una fé que vive, que ansía subir, librarse, abrazar a toda la humanidad.

Resulta de esto el tormento, el esbozo, la separación, a veces, entre el espíritu y la materia incapaz de fijarlo. Los pueblos del Norte entienden mejor la religiosidad del gótico; pero el gótico es cosa acabada, fenecida, muerta. El barroco que triunfa en Roma, o en España, o en Viena, no puede ser entendido más que por los peregrinos de la in-

mortalidad; el barroco es espíritu, es universalidad, porque es el esfuerzo y hasta la aberración de los hombres.

Pero en el mundo no hay hombres; está el hombre.

El arte antiguo o nuevo nos enseña, entonces, que el protagonista de la historia romana es el hombre. El Hombre con la H mayúscula, porque es el hombre cualquiera, *quisque de populo*, la Humanidad. Por eso la historia de Roma está llena de hombres (y no se sabe dónde acaban los de barro y empiezan los de piedra) y es escasa de "héroes". Precisamente lo contrario sucede en Grecia, manifestación máxima, pero efímera, de la civilización. No nos dejemos ilusionar por la presencia de algunos gigantes: Escipión, César, Augusto, Trajano, Constantino, Juliano. Son pocos, poquísimos; y los lugares vacíos están malamente llenados por personajes de leyendas, si más antiguos; o personajes fabricados por el humor de los historiadores, si más recientes, como los pretendidos emperadores, locos y nefandos. En realidad el Imperio de Roma no es conquista de "héroes" o de gigantes, sino de una multitud de hombres que se había formado en la escuela del Estado Romano. El Estado no quería "grandes hombres" pero sí servidores convencidos del principio religioso de Roma y de la misión civilizadora de la Urbe. Son los magistrados, los gobernadores, los soldados, los marineros, los comerciantes, los colonos, los verdaderos autores del Imperio. He aquí por qué reconociéndolos en los bajorrelieves tumultuantes, nos parece asistir a escenas que nos pertenecen; he aquí por qué es tan vivo —hoy— en los Italianos el sentido de una patria romana.

Los Italianos saben que la Patria romana es la más antigua y la más joven de las Patrias. Como el hombre, ella, puede callar; puede parecer mortal; pero no hay sepulcro que pueda cerrarse sobre ella. Los Italianos saben que la Guerra europea ha sido vencida por uno de estos prodigiosos resurgimientos de Roma; que Roma se ha puesto otra

vez una vestidura imperial con el imperio salomónico y, sobre todo, con el espíritu de los Italianos de Mussolini; que Roma combate idea contra ideología.

Es la idea que resurgió con la Gran Guerra después de haber decaído Roma y haber ésta desempeñado por tantos años el papel de atracción turística y, la misma catolicidad, haber llegado a parecer anacronismo.

Mas de improviso, Roma resurge y vence. La idea universal de siempre, mayores agrupaciones nacionales, es aceptada por todos. Las unidades complejas que se forman en todas partes no son antiuniversales, sino preparan la universalidad que no es nada más que pureza, lógica justicia, de los elementos que deben componerla. Roma antigua, se hace verdaderamente universal cuando sus partes: Italia, España, Galia, Britania, Africa, Oriente, asumen o tienden a asumir una personalidad nacional. Eso es, cuando la humanidad prevalece sobre el genio de la conquista y sobre la fuerza de las armas que le ha dado origen.

Desde aquel día nació la historia de Europa; no de la mezcla de unas cuantas manadas de bárbaros. Aun sin las invasiones barbáricas (pobres gentes sin patria y sin meta), habrían surgido seguramente las actuales naciones europeas, genuinas herederas de Roma.

II

Si se admite que Roma es obra de pueblo, es decir obra del espíritu, es preciso admitir la caída de las barreras del tiempo.

Es un error proyectar sobre nuestro sentido de la historia, el progreso mecánico; en realidad el hombre ha sido siempre aquel de la Henélda; el sentido de la historia romana ha sido siempre aquel de

San Agustín. ¡He aquí por qué Roma no tiene y no puede tener confines!

Roma communis patria; según el vaticinio de Livio *unam urbem, unam republicam facere*. No basta el orden contenido en el Testamento de Augusto; para una Patria común, para un Estado universal, es necesaria la obra anónima y formidable del pueblo. La obra del *espíritu*, pertenece a las generaciones; no puede ser obra de los individuos. Naturalmente Livio, Tacito o el Digesto, atribuyen la progresiva conquista de la Patria universal a los héroes, a los emperadores, a leyes precisas. Claudio, el vituperado Claudio en el Senado abierto por primera vez a los prohombres de España y de Galia, dice: "Athens y Esparta repudiaron a los extranjeros: celosas de sus derechos no quisieron dividirlos con los vencidos y acabaron con su potencia. Roma siguió siempre por otros camino; nunca rechazó a los extraneros, buscó más bien atraerlos y traducir para sí todo lo que de fuerte y de bueno ellos tenían y así pudo crecer y alcanzar tanta grandeza".

Pasados pocos siglos la *communis patria* se transforma en un hecho jurídico, recordado por Ulpiano en el Digesto, "*in orbe romano qui sunt, ex constitutione imperatoris Antonini, cives romani effecti sunt*".

Pero, ¿quién ha criado el Orbe romano? ¿Los Emperadores o el pueblo? El pueblo. No nos engañen los Emperadores alineados en el gran desfile de la Muestra que celebra el segundo Milenario de Augusto: Ellos están fijos en la historia o en la leyenda, orgullosos de haber medido toda la tierra y cruzado todos los mares. Fijan sus ojos de piedra, sin temblar, en el simulacro de Júpiter, al cual han permitido dejar el reino del cielo. Pero quien unificará al Cielo, no ha bajado aún sobre la Tierra; quien a la Patria unificada en la Tierra, enseñará la meta última —la razón de las razones— la Patria única en el Cielo, no ha venido todavía a traer consuelo al espíritu inquieto de los ro-

manos. Con todo, el pueblo espera, tras las sombras de los grandes rostros imperiales. Renuncia a la luz —hasta para nosotros que vamos descubriendo su vida y su eternidad— con tal que figuren sus Emperadores. Se cuenta que muchos guerreros quisieron ser quemados vivos sobre los rogos que consumían a los cuerpos gloriosos de los Emperadores. Es verdad. El pueblo renuncia, pero está presente, pero es protagonista. Los Emperadores divinizados (se deduce también de los discursos de César a los legionarios o del testamento de Augusto), no consideran al pueblo como los monarcas orientales, un monstruo o una multitud; le escuchan como a un eco, le dirigen como a un coro. En realidad este eco es su potencia, su divinidad.

Esta grandeza y esta presencia del pueblo aparecen evidentes cuando, con el progresivo consolidarse del imperio monárquico, en lugar de desaparecer, se afirman bajo nuevas formas y toman nuevos rumbos. Constante, Joviano, Graciano, Valentiniano, Teodosio el Grande, pretenden en vano disimular su fuerza y justificar su tiranía con el pretexto de proteger a la Iglesia. San Ambrosio levanta su voz en defensa del pueblo e impide el ingreso de Teodosio en el Templo de Milán. En la legislación de tiempos llenos de dificultad y de incertidumbre, aparece un espíritu nuevo de justicia cristiana que no vacilaríamos en llamar social y popular. El pueblo, las mismas multitudes, tienen una propia defensa en la inmensa crisis histórica. Esta defensa es la Fe; políticamente es la nueva universalidad religiosa. Alrededor de los Obispos, y del primero de los Obispos, la sociedad civil se reforma con bastante rapidez. El poder político de la Iglesia no es más que la forma técnica asumida por el principio social puesto como base de la acción cristiana. Mientras, como escribía y presentía San Agustín, un mundo se derrumbaba y otro nacía; mientras todas las dominaciones humanas se encaminaban hacia al sepulcro, para descansar, no para morir; nacía la universalidad de la Fe.

¡Universal por la voluntad de Dios y para completar el destino de Roma! Pero, ¿cuál fué el camino elegido? Asombrados por la grandeza de esta verdad, todavía nadie se ha detenido en buscarle. El camino elegido fué el apostolado social de la Iglesia, fué la necesidad de defender al pueblo que la nueva historia parecía haber olvidado. En la tutela de las plebes, tutela única en una soledad de dolores, la Iglesia Romana enseña otra palabra universal. Enseña a los Reyes bárbaros, a los caudillos despiadados, a los pueblos más opuestos y más diferentes, los principios de caridad, de justicia, de orden; el respeto al trabajo manual; la elevación de la personalidad humana.

Son estos los elementos de una nueva universalidad que, sembrando en las lágrimas y en el sacrificio, cubría a todo el Occidente con una civilización única durante toda la Edad Media y reconstituía aquellas unidades nacionales que los bárbaros, lejos de haber provocado —como suele decirse— habían derribado o paralizado.

El pueblo, en esta visión social, vuelve a la cabeza y al centro del mundo, aun si las organizaciones políticas parecen ignorarlo. Pero el pueblo no las desea; en la nueva unidad de la Fe el pueblo tiene su propia grandeza que culmina en lo excelso, en lo absoluto, a los piés del Rey que fué aprendiz de carpintero en la Tierra.

Todo se cumple todavía en nombre de Roma la cual salva, además del principio ético y de la Fe, la misma esencia de la vida social.

La misión de Roma, desde entonces, pasa del espacio al tiempo. Para Roma antigua fué *limes* suficiente las aguas y las razas que convergían hacia el Mediterráneo. Para la Iglesia el *limes* fué colocado en los polos del mundo y ella proclamó romanos a los amarillos y a los negros que se hicieran dignos de la Fe. Para una ilusión generosa la política creyó que el *limes* romano pudiese llegar a los Urales. Para la realidad derivada de tres mil años de historia, el *limes* tiene hoy un nombre: Occidente. Este nombre no tiene nada de geográfico: es una

idea y un modo de vivir. A su alrededor se reúnen pueblos hasta ayer enemigos; pero en él se reconocen todos aquellos que creen en el sacramento de acción, que respiran el aire puro y sutil de la *ratio*, que levantan la marea de los hombres sobre el mal del mundo.

Esto es Roma.

EL PVESTO DEL DOLOR

EN LA VIDA DEL HOMBRE

por

Teófilo Ortega

AY! ¡Cómo llega el dolor a la carne y cómo la levanta en mal sofocado alarido! La carne se queja, ¿y cómo no se ha de quejar la carne, si sólo es carne?

Mira a la bestia el hombre y en vano y por torpeza, de su aparente triste condición se duele. Pues se figura, que no conociendo la bestia su mal, cuando sufre, sólo en el sufrir real se anega, que no en el otro océano de amargura que es el conocer y pensar en el dolor que a la carne muerde. Le ciegan vendas de sufrimiento que no le permiten observar que aquí reside precisamente miseria, pero también riqueza de la sustancia, es decir, servidumbre y grandeza de la vida del hombre. Pues al hombre le llega por lo común, el dolor, por el extravío. Y su pérdida sería completa; absoluta su ceguedad, si en la difícil coyuntura no le acudiese el dolor, que a golpe de mordedura, hace que recobre conocimiento. La bestia sufre al caer dolorida; y el sufrimiento no le alza velos, ni descubre falsías, donde cobrar desengaños. Aquí estriba el distinguo. Es carne, la del hombre, donde el dolor se hace fecundo. Asombraos y no neguéis vuestro agradecimiento, pues así Dios

lo quiso y así en el dolor hay, como en la fragua, ardientes brasas. Pero también forja.

El fondo severo de unos ojos doloridos transportan lejos. ¡Qué alturas! ¡Qué distancias! ¡Qué profundidades! Los ojos, ventanales del corazón que sufre, nos permiten contemplar panoramas casi celestes. Son ojos que nos hablan de almas sumergidas en el fino deleite espiritual, con una deliciosa desenvoltura. Y es el dolor quien las dió libertad; y el goce, el carnal, quien las cautiva.

Lleva tras de sí el dolor un rico cortejo. Se hace, quien sufre, más sensible al dolor de los otros y dialoga, casi sin comprenderlo, apenas sin palabras, con los otros corazones que balbucean sus pesares, devorando silencios. El goce hace egoísta y torna al mundo enemigo y hueraño, puro estorbo; el dolor arranca malas hierbas del interés, hace que nada nos resulte ajeno y convierte a la flor, y al árbol, y al agua, y al corazón transeunte, en algo tan propio y entrañable que hace llamarles con aquellas palabras de Francisco, el Pobrecito de Asís: Hermana flor, y Hermano árbol, y Hermana agua...

El camino que ha de recorrer el hombre para llegar hasta Dios, no es otro que este camino del sufrimiento. No es de precisión aclararlo; pero tampoco sobraré decir que es el dolor de la carne y no del alma. Sufrimiento del alma sólo exige al verla encadenada y abatida: es decir, cuando goza la carne y lleva el alma arrastrando, tras de la perecedera pero brillante caravana de los placeres del sentido.

Llega el deleite carnal a desmenuzarnos, como pisa la brizna de hierba el animal, por el camino. Nuestra alma tiembla bajo la pezuña y nos sentimos cercanos a una muerte terrible: ese morir el alma que es verse morir en realidad y para siempre. Nos tocamos a la carne satisfecha y mirando nuestro interior, hallamos una soledad infinita. ¡Oh! ¡Y qué terrible, si no llegase el dolor, precisamente el repudiado dolor, a probarle de nuevo! A un paso nos tropezamos con una necesidad, a

la que acudimos; con un extraviado, cuya maldad desviamos un poco; a uno que nos ofendió, que con generosidad cristiana perdonamos. Despoblada que fué el alma por deleite he aquí, corazón dolorido, que abriendo ásperas vías, llegas hasta ella y plantas tus victoriosas banderas. Perdimos la memoria de cuántas veces negamos al Señor posada, por dar asilo al goce de la carne; y sólo sabemos que otras tantas le abrieron la puerta, con una emoción conmovida, precisamente nuestros dolores.

El puesto del dolor de la carne en la vida del hombre, tiene categoría directriz y decisivo influjo. Si me aceptais la división jerárquica, yo concedería al dolor la suprema condición de dar o quitar vida. Nos va dando vida en cuanto quiere; nos la roba, al desaparecer. Dar vida no es hacer posible solamente que por las venas siga circulando la sangre; ni solo que los pies puedan llevarnos más adelante, en el duro y largo Camino. Quiere decir que obramos, en tanto vivimos, en tanto padecemos. Si media vida se nos va sin vivir, con el sueño, de la otra media, la que se vive gozando no es vida, sino ir gastando la vida, en puro dar pasos hacia la muerte.

¿Recordáis? A través de lo que nos cuentan sencillos pescadores, sus Apóstoles, en la vida de Cristo no hay un sólo instante de satisfacción material, de carne satisfecha. Su agonía en la Cruz, es la culminación acorde de su vida dolorosa en lo carnal, a la que en vano llama el demonio, con los clarines jubilosos de su tentación. El semblante nos le dibujan los Evangelistas dulce, pero severo. Jamás la risa y nunca la expresión de gozar su carne. Así perdura la fina luz en sus ojos, como nos lo ofrece la estampa; que no le anega la tiniebla y contorsión violenta, que en el rostro pone el dar a la carne lo que es patrimonio del alma, su alegría. Cristo nos enseñó a vivir verdadera vida no haciendo a la carne señora del alma, sino su sierva. Porque ha de ser la

única y apetecible alegría del cristiano, poner el goce de la carne a sus pies, con señorío.

Los caminos que abre al hombre el dolor son infinitos. El placer les cierra y acorta, les oscurece y apesarumbra. Gozar la carne y servir el alma a su goce, es un poco empezar a saborear la muerte. El sabor que permanece en el labio, cuando ya el deseado placer tuvo término, se parece mucho a tu sabor de tierra, sepulcro.

Cuando te llegue, humano, el dolor, no te muestres esquivo; ábrele tu puerta. Llegará rendido por el cansancio; llenos de polvo del camino sus zapatos; abrasado de sed. No le cosideres un intruso; menos un desconocido; menos aun un huésped importuno. Viene a sacudir tu sueño; a incorporarte con ímpetu salvador. Removerá la quietud pantanosa de su holganza y hará florecer sobre las mismas aguas cuyo curso detuvo tus deleites, espléndidas rosas de bien renovados bríos. Aplacará tus apetitos y enderezará tus virtudes. Relatará, entre auxilio y auxilio, sus historias. Pasó por corazones turbulentos que trocó pacíficos. Aplacó la sed ardiente con su agua viva, Porque el dolor —ahora escribe el marqués de Valdegamas— pone una cierta igualdad entre todos los que padecen, lo cual es ponerla en todos los hombres, porque padecen todos; por el gozar nos separamos, por el padecer nos unimos con vínculos fraternales. El dolor nos quita lo que nos sobra, y nos da lo que nos falta, poniendo en el hombre un perfectísimo equilibrio: el soberbio no padece sin perder algo de su soberbia, ni el ambicioso sin perder algo de su ambición, ni el colérico sin perder algo de sus iras, ni el lujurioso sin perder algo de su lujuria. El dolor es soberano para apagar los incendios de las pasiones; al propio tiempo que nos quita lo que nos daña, nos da los que nos ennoblece: el duro no padece nunca sin sentirse más inclinado a compasión, ni el altivo sin encontrarse más humilde, ni el voluptuoso sin hacerse más casto: el violento se amansa, el flaco se fortalece. Ninguno sale peor que en-

tró de esa gran fragua de los dolores; los más salen de ella con altísimas virtudes que nunca conocieron; quién entró impío y sale religioso; quién avaro y sale limosnero; quién entra sin haber llorado nunca y sale con don de lágrimas; quién empedernido y sale misericordioso. En el dolor hay un no sé qué de fortificante y viril y de profundo, que es origen de toda heroicidad y de toda grandeza; ninguno ha sentido su misterioso contacto sin crecerse; el niño adquiere con el dolor la virilidad de los mozos, los mozos la madurez y la gravedad de los hombres, los hombres la fortaleza de los héroes, los héroes la santidad de los santos.

Por el contrario, el que deja los dolores por los deleites, luego al punto comienza a descender con un progreso a un mismo tiempo rápido y continuo. Desde la cumbre de la santidad se derriba hasta el abismo del pecado, desde la gloria va a la infamia. Su heroísmo se convierte en flaqueza: con el hábito de ceder, pierde hasta la memoria del esfuerzo; con el de caer, pierde hasta la facultad de levantarse. Con el deleite pierden su vitalidad y su energía todas las potencias del alma, y su elasticidad y fortaleza todos los músculos del cuerpo. En el deleite hay un no sé qué de corrosivo y de enervante, que lleva la muerte callada y escondida. ¡Ay del que no resiste a su voz, pérfida a un mismo tiempo y suave como la de las antiguas sirenas! ¡Ay del que no retrocede y huye despavorido cuando le convida con sus fragancias y sus flores, antes de que, sin ser dueño de sí, caiga en aquel desmayo vecino de la muerte, que comunica a los sentidos con el aroma de sus flores y con el vapor de sus fragancias!

Cuando esto sucede, o sucumbe miserablemente, o sale de allí de todo punto transformado: el niño que por allí pasa, no llega a mozo; al mozo le nacen canas y el viejo perece. El hombre deja allí como en despojos la pujanza de su voluntad, la virilidad de su entendimiento, y pierde el instinto de las grandes cosas. Cínicamente egoís-

ta y extravagantemente cruel, siente hervir en su sangre pasiones que no tienen nombre: si le ponéis en lugar humilde, irá a caer de las manos de la justicia en las manos del verdugo; si en lugar eminente, os estremeceréis de terror al verle soltar las riendas a sus apetitos voraces y a sus instintos feroces. Cuando Dios quiere castigar a los pueblos por sus pecados, los pone sujetos con cadenas a los pies de los hombres voluptuosos. Embotados sus sentidos con el opio de los deleites, ninguna otra cosa es poderosa para sacarlos de su estúpido entumecimiento sino el vapor de la sangre. Todos eran voluptuosos y afeminados aquellos monstruos calenturientos que los pretorianos saludaban en la Roma imperial con título de Emperadores. La familia rindió culto a un tiempo mismo a la prostitución y a la muerte: a la prostitución, en sus templos y en sus altares; a la muerte, en sus plazas y en sus cadalsos.

Hay, pues, algo de maléfico y de corrosivo en el deleite, como hay algo en el dolor de purificante y divino. No vaya a creerse, empero, que estas cosas, por ser contrarias entre sí, no van en cierta manera juntas; porque así como sucede que el que acepta libremente el dolor, siente en sí cierto deleite espiritual que fortifica y levanta, del mismo modo el que se pone en manos de los deleites, siente en sí cierto dolor que en vez de fortalecer enerva y deprime. El dolor es aquella pena universal a que por el pecado quedamos sujetos; adonde quiera que tienda su vista o enderece sus pasos el hombre, se encuentra con el dolor, estatua muda y llorosa que siempre tiene delante. El dolor tiene de común con la divinidad, que es para nosotros a manera de círculo que nos contiene. A él vamos igualmente cuando gravitamos hacia el centro, y cuando corremos hacia la circunferencia; y correr y gravitar hacia él, es correr y gravitar hacia Dios, hacia el cual corremos con todos nuestros pasos, y gravitamos con todas nuestras gravitaciones. La diferencia está en que por unos dolores vamos al Dios bueno y clemen-

te, por otros al Dios justo y airado, por otros al Dios del perdón y de las misericordias. Por el deleite vamos al dolor, que es pena, y por la resignación y el sacrificio al dolor, que es medicina. Pues ¿qué locura es la de los hijos de Adán, que no pueden huir del dolor, huyen del que es medicina, para caer en el que es pena?

Por lo dicho se ve cuán maravilloso es Dios en todos sus designios, y cuán admirable en aquel arte divino que consiste en sacar el bien del mal, el orden del desorden, y todas las armonías de todas las disonancias. De la libertad humana procede la disonancia del pecado, del pecado la degradación de la especie, de la degradación de la especie, de la degradación de la especie procede el dolor, y el dolor es a un tiempo mismo una desgracia en la especie corrompida y una pena en la especie pecadora: lo que tiene de desgracia, eso mismo tiene de inevitable: lo que tiene de pena, eso mismo de redimible: estando la gracia en la Redención, la gracia está en la pena. El acto más tremendo de la justicia de Dios viene a ser de este modo el acto más grande de su misericordia: por él puede el hombre, ayudado de Dios, levantarse sobre sí mismo, aceptando el dolor con una aceptación voluntaria; y esa aceptación sublime cambia instantáneamente la pena en una medicina de una virtud incomparable. Toda negación de esta doctrina deja en pie el desorden introducido en la humildad por el pecado; como quiera que conduce necesariamente y a un tiempo mismo a la negación de algunos de los atributos esenciales de Dios y a la negación radical de la libertad humana".

* * *

Observa a la multitud en circunstancias de gozar la carne. Hay fiesta y libertinaje; corre el vino y no encuentra obstáculo la bulliciosa

alegría. Ese viejo perturba la gravedad de sus años, queriendo pasar por mozo, y cae en ridículo. La doncella camina con ligereza entre los abismos y acaso una tarde de éstas en que hay fiesta, perderá su doncellidad. Si se cruzan el padre y el hijo en tal circunstancia, se miran con disgusto: al padre le estorba, para disfrutar, pensar que su hijo le recuerda deberes; y a la inversa. Los desafectos y olvidos y ruindades entre unos y otros corazones que debieran amarse, tienen manantial aquí, aunque no se vea: antes de un odio, y una rebelión, y una malquerencia, hubo pecado y hubo comida vergonzosa del fruto prohibido. La carne cuando goza, no lo hace nunca de manera gratuita, sino que cobra elevado precio. Al padre y a la madre, le aparte del hijo; a éste de ellos; y al esposo de la esposa. No dice el Santo Libro cómo se fué incubando el odio de Caín, por Abel, que culminó en su asesinato. Se habla sólo de la envidia, olvidando el extravío. Y sin duda alentó el odio, no sólo la perfección del hermano, sino las mordeduras interiores de la víbora carnal. Horas sucias y turbias de pecado, llevaron a Caín a la ocasión sangrienta. A su hermano le odiaba, tanto por ser más perfecto, como por hallarse a su lado, con vergüenza.

Mirad conmigo, por el contrario, éste medio mundo de vivos, que pisansobre medio mundo de muertos. Entrad: es un camposanto, un cementerio. En tierras de Castilla. Hagamos la señal de la cruz al transponerle. Un campo donde duermen los muertos es un poco dintel de la otra vida. La mañana es de domingo; y llena de luz, diríase alegre. Repitamos el distingo al hablar de alegría, entre la sucia de la carne y la otra alegría interior del alma. Mujeres y jóvenes enlutadas se hallan cerca de las sepulturas. Otras llevan ya vestidos claros que es decir, que antes desaparecieron los velos negros que el recuerdo a quien murió. No fuiste justo, no, poeta, al llorar abandonos de los vivos, por los que murieron. "¡Qué solos se quedan los muertos...!" No; no y no. La mañana es clara: el silencio absoluto, la visita numerosa. Hay una

fuelle en el Cementerio cuyo caño no cesa de dar agua. Van las pobres mujeres con sus cubos de hierro por agua y ésta viejecita, que no tendrá menos de setenta años, lleva el agua sin derramar una sola gota, aunque casi va rebasando la herrada. Vosotros diréis que lo que lleva es agua y así a mí me lo parece; pero ella cree que lleva a la sepultura algo que vale más. Lo que nace en la tumba de sus muertos nos parecen también flores. Pero cuando sus setenta llevan todos los días de fiesta agua, y con tanto amor las refresca, es porque creédmelo, le parece que su muerta es la que bebe el agua, con esa multitud de labios frescos y abiertos de tantas y tantas flores.

Mirad aquella: no parece tener veinte años. Es muy joven. El recuerdo a la carne sepultada, tiene una expresión en ella, conmovedora. Sobre el vestido negro, de fina tela, lleva un delantal hogareño. Ha estado sin duda regando las flores; y descuajando las hierbas; y colocando bien los ladrillos, que pudo derribar el viento. Arregló la tumba como una habitación: quitando la suciedad, librándola del desorden. No llegó para rezar un momento y marcharse; sino para poner, detalle por detalle y en todos los de la sepultura, ésa huella amorosa e inconfundible, de un corazón de mujer que cuando es bien nacido, sólo vive para amar.

¿Habláis aquí de rencores? ¿De egoísmos? ¿De mirar a su hermano con torva mirada? ¿De no sufrir el hijo al padre y el padre al hijo? ¿De alentar la envidia, iniciarse el recelo, asegurarse la murmuración, explotar el odio? No. No habléis de ello siquiera. Todos los que andan por el camposanto; a todos los que envuelve la gravedad del dolor, aunque nunca se vieron el rostro, les parece que les junta lo más hondo y solamente lo superficial les desconoce. Es el dolor quien funde las almas; como es el placer quien tiene entre unos y otros hombres, abismos infranqueables. El mundo se tornaría casi, casi perfecto, si todo viviente inspirara un poco sus actos, en la paz y en la forja que

constituye el dolor. Si todos los días pisasen tierra bajo la cual duermen los muertos; y comprendiesen la clarividente enseñanza, de que otros hombres vendrán después que pisén la tierra bajo la que ellos duerman.

* * *

SEÑOR:

Nada mejor podemos pedirte, para nuestra vida y la vida de España, que templados en la adversidad y en el sufrimiento, podamos soportar todos los dolores con entereza. Llegue pronto la flecha y la lanzada, y caiga a los pies del alma la carne, en un definitivo vencimiento. Renacimiento del Espíritu, ha de ser el nuestro, junto al renacer de la Patria. Aquel gran español y cristiano, que a tantos iluminó el camino recto con su ejemplo, bueno, sabio y mártir, Ramiro de Maeztu, nos dijo en dos inolvidables ocasiones:

“Yo digo a los jóvenes de veinte años: venid con nosotros, porque aquí, a nuestro lado, está el campo del honor y del sacrificio; nosotros somos la cuesta arriba, y en lo alto de la cuesta está el Calvario, y en lo más alto del Calvario está la Cruz.”

La obra de España, lejos de ser ruina y polvo, es una fábrica a medio hacer, como la Sagrada Familia de Barcelona o la Almudena, de Madrid; o si se quiere, una flecha caída a mitad del camino, que espera el brazo que la recoja y lance al blanco, o una sinfonía interrumpida, que está pidiendo los músicos que sepan continuarla.

No; que no es ruina y polvo. Sangra toda la carne española y ello no es indicación de que la Historia de nuestro país concluye, sino de que amanece. La flecha caída en el camino, fué a manos de una heroica mocedad, Maestro. La flecha caída la han tomado vigorosos brazos; la encajaron en la ballesta; buscaron en la lejanía el blanco, y aunque el brazo les sangra y canta su dolor en la herida, mirad todos, mirad mundo, con qué serena y grave seguridad apunta.

EL ARTESANADO EN EL «FUERO DEL TRABAJO»

por

Angel B. Sanz

El Artesanado —herencia viva de un glorioso pasado gremial— será fomentado y eficazmente protegido por ser proyección completa de la persona humana en su trabajo y suponer una forma de producción, igualmente apartada de la concentración capitalista y del gregarismo marxista

EVOCA esta disposición del Fuero del Trabajo todo un pasado glorioso español. Tan glorioso, que ha sido el verdadero fundamento del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán. Como en muchos aspectos de la vida económica, España creó y la humanidad trató de imitar, pero nuestro Fuero, vuelve por los fueros de la hispanidad, y evoca el artesanado, como hecho fundamental, en donde se apoyará el nacionalsindicalismo español, siendo más robusto que las otras ideas totalitarias, por su tradición racial.

Pasan por nuestra mente bellísimas palabras conservadoras, a pe-

sar de todas las invasiones bárbaras y extranjerizantes (Cuchilleros, Bordadores, Plateros, Sederos, Talabarteros, Repujadores, Ceramistas, Forjadores) que aún pregonan las calles de ciudades españolas, como recuerdo de una organización gremial, que nos dió realidades imperiales, forjadas por el esfuerzos de los artesanos individual y colectivamente.

Muchas ciudades guardan todavía en su comercio el sedimento artesano. Recorred Toledo, Pamplona, Sevilla, Valencia en su Trosalt y veréis una serie de tiendas donde el artesanado pregona al exterior sus virtudes. Yo recuerdo los zocos tetuanés, con sus maravillosos repujadores de cuero, sus joyeros, artífices de metales y piedras preciosas, sus babuceos, y no puedo dejar de fundamentar en estas afinidades artesanas, la compenetración estrecha de árabes y españoles frente a la invasión del comunismo asiático y bárbaro.

La cultura árabe, con sus perfectas universidades de facetas caleidoscópicas, puso fin a la invasión bárbara. Arabes y españoles unidos, artesanos constantes de una cultura firme y bella, evitan la invasión bárbara del comunismo asiático en el mundo.

Parece como si una legión de "Veedores" y "Priostes", expresión sublime del artesanado, cerrara el paso a esas organizaciones modernas y desespirtualizadas de los "Metalúrgicos" y los energúmenos de los "Ateneos libertarios"

El artesanado es en efecto la proyección completa de la persona humana; el hombre aspira a crear, y la creación supone dos hechos, la producción completa y la producción perfecta. Aspira el hombre a ser imagen de Dios, y si éste creó al hombre completo y perfecto, las obras humanas aspiran a serlo.

El artesano realiza obras *completas* y obras *bien hechas*, y es en la obra *bien hecha*, donde la filosofía d'orsiana fué precursora nacionalsindicalista. No es extraño que el filósofo español de la obra bien

hecha, pretenda restaurar los bellos oficios con solera de menestralía, desde la Dirección de Bellas Artes.

Las posibilidades del artesanado, son grandes en España, si se las orienta en sentido moderno. La ley de la herencia nos da hecha la mitad de la tarea, la obra es de adaptación. No pretendemos restaurar la organización gremial del siglo XIII, pero sí podemos instaurar en España el taller familiar; son muchas las industrias derivadas de la agricultura y las aplicaciones industriales que pueden organizarse de manera semejante a como tiene organizada Suiza la industria relojera, la de bellas aplicaciones de la madera y las italianas de vidriería y cerámica.

La mejor oposición que puede hacerse al capitalismo es el artesanado. La evolución económica del mundo se produce siempre en cielo cerrado. Partimos de la organización artesana y a ella tendrá que volver la humanidad, para vencer al capitalismo.

Habla Mussolini del capitalismo en su discurso del 14 de Noviembre de 1933 y refiriéndose al libro de Salvioli afirma que este fenómeno económico no se conoció en la Edad Media, porque se estaba en una fase de pequeñas artes industriales, más o menos vastas. Afirma que el capitalismo está vinculado al nacimiento de la máquina. Habla después de la primera fase del capitalismo en que el hecho económico era de naturaleza perfectamente individual y privada, período en que presenta un aspecto familiar que *"donde se ha conservado ha sido de mucha utilidad; las dinastías de grandes industriales que se transmiten de padres a hijos, no sólo la fábrica, sino un sentimiento de orgullo y honor"*. Surge después, según cita de Fried en su libro *"Fuí del capitalismo"*, la desaparición de estas dinastías en Europa (1870-1890) que se desmenuzan por resultar insuficientes. Aparece entonces la Sociedad Anónima, se desespiritualiza el trabajo, se desvinculiza y surge el *proletario*, que es la distorsión del *artesano* producida por el capitalismo.

Podría sintéticamente hacerse la historia del trabajador vinculando su época gloriosa en el artesanado medieval, con su magnífica individualización. El liberalismo coincidente con la época cursi de las odas al vapor y los endecasílabos a la locomotora, crea el obrerismo, y como consecuencia la preponderancia capitalista produce el *proletario*, esa bestia mecánica glosada por el genio triste de Charlie Chaplín, en el hombre cuya única finalidad en la vida es apretar unas tuercas.

Nadie ha definido mejor la quiebra final del hombre que nuestro José Antonio en estas maravillosas frases: *"Pensad a lo que ha venido a quedar reducido el hombre europeo por obra del capitalismo. Ya no tiene casa, ya no tiene patrimonio, ya no tiene individualidad, ya no tiene habilidad artesana, ya es un simple número en las aglomeraciones."*

Todos los pensadores, todos los filósofos de nuestra época, que han sentido la inquietud fundamental del rescate de la individualidad opinan de manera parecida, tendiendo a un resurgimiento del artesanado. Alexis Carrel en su obra *"L'homme, cet inconnu"* dice: *"Existió antes una forma de vida industrial, que permitía a los obreros poseer una casa con campos, trabajar en su hogar a la hora que querían y como querían, utilizar su inteligencia, fabricar objetos completos, tener la alegría de la creación. Hay que devolver a los trabajadores estas ventajas. Gracias a la energía eléctrica y a las máquinas modernas, la pequeña industria se ha capacitado para librarse de la fábrica. La gran industria ¿no podría descentralizarse? ¿O no se podría hacer que todos los jóvenes de una nación trabajasen durante un corto tiempo como un período de servicio militar? Así llegaríamos a suprimir el proletariado. Los hombres vivirían en pequeños grupos en lugar de formar numerosos rebaños. Cada cual conservaría en su grupo su propio valor humano. Cesaría de ser un órgano de máquina y se transformaría en un individuo"*. Nuestra lucha, tiene entre otras finalidades, lo-

grar este rescate de la individualidad tan recia y tradicionalmente española. Pueblo latino, colonista y plástico, necesita dar a este aspecto del Fuero del Trabajo una representación externa que culmine en la Fiesta del Artesanado, como anverso del primero de Mayo gregario y gris.

Yo propongo que el día de San José, santo de recia contextura artesana, los maestros y aprendices de nuestra nueva artesanía celebren su fiesta. Fiesta de color y de símbolo, desfiles de estandartes y de enseñas, donde se ensalce y premie el trabajo digno, donde se fomente el orgullo del trabajo, fundado en la obra bien hecha. Sea nuestro Caudillo —Prioste de la victoria ideal— quien otorgue ese día premios a los artífices de la obra perfecta, resurjan los bellos oficios de nuestro Imperio, y sea la Patria entera la que rinda pleitesía a esa nueva aristocracia del trabajo que crea el Fuero.

Fiesta que sea luz, homenaje de todos, a quienes hagan del trabajo culto y honor. Un desfile imperial de azules camisas, que presencien desde los luceros aquellos que cayeron, porque su fina espiritualidad repudiaba un primero de Mayo grosero y paralizador, que hacía del trabajo un estigma, más que un don divino.

**ESTA REVISTA FVE IMPRESA
EN PAMPLONA EN LA EDITORIAL
ARAMBURU. AÑO DE CRISTO
MCMXXXVIII. III AÑO TRINIFAL
DE ESPAÑA Y DEL NACIONAL-
SINDICALISMO**

LAVS DEO

JERARQVIA

SUPLEMENTO
AL NÚMERO
C V A R T O

LECTOR

En la frente —y en el corazón— de nuestra tarea, grabamos con el fuego castrense, el nombre de nuestro bautismo: la Vida y la Gloria difícil. Cada día creció la dificultad ásperamente, porque debíamos conquistar la Sabiduría con humildad de medios y audacia de ilusiones. Los cuatro números de JERARQVIA, publicados ya, son un impaciente tanteo hacia la Obra Bien Hecha. Pero hemos alcanzado galardón. En Europa y en América, el elogio unánime y sin medida, nos hablaba claro, de la sorpresa. Y queremos contestar que en España puede y debe superarse JERARQVIA. A eso vamos. Poseemos ya un taller propio, con la maquinaria adecuada y moderna. Sólo así prometemos en firme, que durante la Cruzada JERARQVIA publicará SEIS NUMEROS ORDINARIOS Y DOS EXTRAORDINARIOS, en el curso anual, siendo en realidad DIEZ, los números, para los efectos de suscripción, que vamos a normalizar.

Entramos, decididamente, en una etapa nueva de labor. Callamos nuestros proyectos, ambiciosos y empeñados, para un futuro triunfo de la España ideada por la Falange. Que Dios, en cuyo nombre trabajamos, haga lucir el sol, el agua y el viento sobre nuestra pobre heredad. Y entonces será viva y ardiente nuestra Obra.

N U M E R O P R I M E R O

JERARQUIA. — ESQUEMA DE UNA MISION,

por Fermín Yzurdiaga Lorca.

A ROMA POR TODO,

por Rafael García Serrano,

SERMON DE LA TAREA NUEVA,

por Pedro Laín Entralgo.

CVADRIVIO IMPERIAL,

por Angel María Pascual.

P O E S I A,

de Arbeloa, Foyaca, Salazar,, Yribarren.

TEXTOS. — OCHO GLOSAS,

por Eugenio D'ORS.

N O T A S :

de Teófilo Ortega, Manuel Yribarren, Francisco Uranga,

Fermín Sanz, Ernesto Giménez Caballero.

C A M P A M E N T O ,

por Rafael García Serrano.

EL VASO DE RICINO,

por Fermín Yzurdiaga Lorca.

N U M E R O S E G U N D O

DISCURSO AL IMPERIO DE LAS ESPAÑAS,

por el Generalísimo Franco.

HOMBRE Y YO,

por Alfonso García Valdecasas.

LA ANGELOLOGIA DE EVGENIO D'ORS,

por Paul Henri Michel.

RAZON Y SER DE LA DRAMATICA FUTURA,

por Gonzalo Torrente Ballester.

POESIA,

de D'Ors, Basterra, Foxá, Ridruejo, Rosales.

TEXTOS. — DOS DISCURSOS DESCONOCIDOS,

por Fermín Yzurdiaga Lorca.

CAMPAMENTO. — EXALTACIONES SOBRE MADRID,

por E. Giménez Caballero.

NOTAS:

de Eladio Esparza, Juan Pablo Marco, Manuel Ballesteros,

Pedro Laín Entralgo, Angel María Pascual.

NUMERO TERCERO

LA BESTIA Y EL ANGEL,

por José María Peman.

LA SALVACION DEL AMOR, EN LA

MISTICA ESPAÑOLA,

por Luis Rosales.

EL ARTE Y EL IMPERIO,

por Fray Justo Pérez de Urbel.

SENTIDO HUMANISTA DEL NACIONAL-

SINDICALISMO,

por Luis Legaz Lacambra.

POESIA,

de Virgilio, del Valle, Vivanco.

TEXTOS. — EL TESTAMENTO DE AUGUSTO.

VERSION ESPAÑOLA. INTRODUCCION Y

NOTAS DE

Pascual Galindo.

NOTAS:

de Pedro Laín Entralgo, Daniel de Aramio y Carlos Ribera.

N U M E R O C U A R T O

EN LAS CUMBRES DE LA CIUDADANIA,

por Bruno Ybeas.

TRATADO II DE LA RAZON DE IMPERIO,

por Angel María Pascual.

LA CRITICA ESTETICA EN LA REPUBLICA
LITERARIA,

por Joaquín de Entrambasaguas.

RETORNO A LO MISTICO,

por Augusto Andrés Ortega.

POESIA. — DOLOR DE PRIMAVERA,

por Manuel Díez Crespo.

TEXTOS. — DISCURSO DE LA UNIDAD EN EL
HEROISMO DE ESPAÑA,

por el Generalísimo Franco.

NOTAS. — EL HOMBRE EN ROMA,

por Armando Lodolini.

PUESTO DEL DOLOR EN LA VIDA DEL HOMBRE,

por Teófilo Ortega.

EL ARTESANADO EN EL FUERO DEL TRABAJO,

por Angel B. Sanz.

LIBROS

PUBLICACIONES DEL SERVICIO NACIONAL
DE PROPAGANDA DE FALANGÉ ESPAÑOLA
TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N. S.

EDICIONES JERARQUIA

- Generalísimo Franco, DISCURSOS, Edición de lujo,
10 pts.
- José Antonio Primo de Rivera, DISCURSOS, Edición de lujo,
10 pts.
- José María Peman: POEMA DE LA BESTIA Y EL ANGEL,
10 pts.
- E. Giménez Caballero: GENIO DE ESPAÑA,
10 pts.
- G. Torrente Ballester: EL VIAJE DEL JOVEN TOBIAS,
7 pts.
- Paul Claudel: EL LIBRO DE CRISTOBAL COLON,
6 pts.
- Conde de Foxá: MADRID DE CORTE A CHECA,
8 pts.
- R. García Serrano: EUGENIO O LA PROCLAMACION DE
LA PRIMAVERA
3 pts.
- J. Yanguas Messía: BELIGERANCIA, NO INTERVEN-
CION Y RECONOCIMIENTO,
8 pts.
- FUERO DEL TRABAJO, Edición de gran lujo.
- F. Yzurdiaga Lorca, MENSAJE DE LAS BANDERAS
VCTORIOSAS,
0,30 pts.
- F. Yzurdiaga Lorca: DISCURSO AL SILENCIO Y VOZ DE
LA FALANGE,
1,00 pts.
- Fdez. Cuesta, Yzurdiaga Lorca, LA FALANGE O LLAMA,
DISCURSOS,
0,30 pts.

EDICIONES F. E.

BREVIARIOS DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

A. Tovar: DONOSO CORTES,

3 pts.

M. Ballesteros, EL P. JUAN DE MARIANA,

3 Pts.

EDICIONES «LIBERTAD»

Onésimo Redondo: EL ESTADO NACIONAL,

5 pts.

Ledesma Ramos: DISCURSO A LAS JUVENTUDES DE
ESPAÑA,

6 pts.

PROTOCOLOS DE LOS SABIOS DE SION,

1,00 pts.

PROXIMAMENTE:

ROMA RESURGIDA EN EL MUNDO,

por E. Gíménez Caballero.

LA NACION EN LA FILOSOFIA DE

LA REVOLUCION ESPAÑOLA,

por José Solas García.

ETERNA FALANGE,

por Fermín Yzurdiaga Lorca

LIBRO DEL IMPERIO,

Cuatro Trátados en Glosa de un Soneto,

por Angel María Pascual.

JERARQVIA

EN EL NUMERO QUINTO

DOCTRINAS DE JERARQVIA - LA
NACION EN LA FILOSOFIA DE
LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

por José Solas García

LA DECADENCIA ESPAÑOLA

por Ignacio Olagüe

*OTROS ORIGINALES DE YZURDIAGA, MARQUES DE
LOZOYA, ALVARO CUNQUEIRO, FRAY VICTORINO
CAPANAGA, FERNANDEZ FRAYA.*

PRIMER NUMERO

EXTRAORDINARIO

DE JERARQVIA

JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

